

# EL AMIGO DE LA INFANCIA

AÑO LIX.

MADRID, 19 DE JUNIO DE 1932



1. De ce - les - te go - zo fuen - te, Buen Je - sús, mi so' - lo a - mor

Que Te vis - ta, Te a - li - men - te, Te con - sue - le... ¡qué fa - vor!

De celeste gozo fuente,  
Buen Jesús, mi solo amor;  
Que te vista, te alimente,  
Te consuele... ¡qué favor!

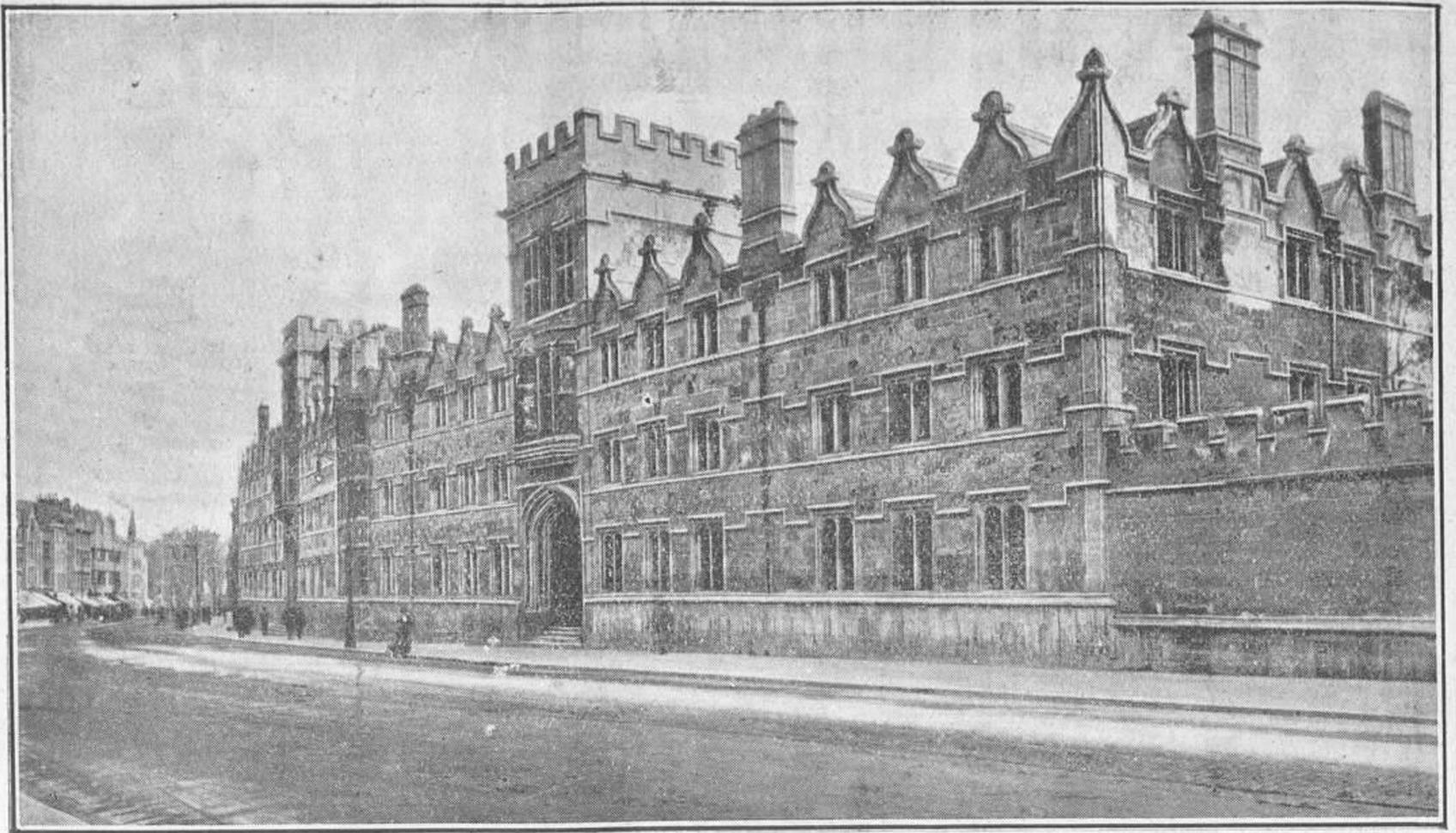
2. Al enfermo en la agonía,  
Por tu causa sí asistí,  
Me dirás aquel gran día:  
"¡Sé bendito, ven a Mí!"

3. Si las lágrimas secamos  
Del que gime en la prisión;

Si a los pobres sustentamos,  
Tú nos eres galardón.

4. Damos enseñanza al niño  
Y a los huérfanos sostén,  
Por tu infancia y tu cariño  
En la cuna de Belén.

5. En los pechos nos infunde  
Vivo celo de tu amor,  
Y tu santo gozo abunde  
Por servirte a Ti, Señor.



La Universidad de Oxford.

## Un estudiante de curandero

(Conclusión)

—Ahora llevarás esto, y la enfermedad no volverá—dijo, e hizo un nudo—. Estate tranquila y no tengas miedo. ¡Hasta mañana!

Con estas palabras se marchó tranquilamente y muy serio, de la habitación, para acostarse.

Por la mañana llamaron a su puerta.

—¿Quién está?

—Ya es completamente de día—dijo el ama.

—¿Pues que es lo que quiere usted?

—Mi hija no ha tenido ningún ataque la noche pasada.

—Ni tendrá otro. Está bien—dijo el forastero con firmeza.

Cuando bajó al comedor encontré con el desayuno en la mesa.

—No he encargado desayuno, porque no lo puedo pagar.

—¿Pagar?—exclamó la mujer—. Usted ha salvado la vida de mi hija, ¿y yo pudiera aceptar paga? ¡Tome usted todo lo que podemos ofrecer y aún sería poco!

El encantamiento había tenido resultado en efecto: La naturaleza débil de la muchacha había cedido a la voluntad fuerte del hombre, y el ataque no había vuelto. Y lo más raro era que no volvió jamás.

El estudiante curandero, pues, terminó su desayuno y se marchó colmado de bendiciones de madre e hija. A la viuda no la volvió a ver. Pero todo el suceso le había impresionado tanto, que se decidió: “También *yo* tengo que tomar otro rumbo.”

Volvió a la Universidad, y cambió por completo. En Febrero del año 1663

le nombraron juez de un tribunal, por causa de sus sólidos conocimientos, y pronto le consideraron como uno de los primeros y más aptos jueces de Londres. Como tal fué despedido del rey Jaime II, porque se oponía a las injustas medidas de este terco tirano, cuando por medio de los Jesuítas quería volver al catolicismo a Inglaterra. Cuando Guillermo de Oranje hubo subido al trono y buscaba la persona capaz de limpiar los tribunales, y devolver la antigua autoridad a la ley, eligió como juez supremo al curandero de la hija de la posada: Sir John Holt.

Muchas cosas nos saben contar los historiadores ingleses de los veintiún años que estuvo ejerciendo su profesión: cómo por su ejemplo, entró otro espíritu en los tribunales y como él, con voluntad firme, se opuso a toda usurpación del derecho ajeno, sin mirar de dónde venían estas usurpaciones, si de la Corte o del Parlamento. En el año 1700 le ofrecieron el puesto de Canciller del Reino, pero él declinó, porque le parecía que era de mayor utilidad en el puesto que ocupaba.

Aquel mismo año fué de más importancia todavía por otro acontecimiento. Cuando él, como presidente del tribunal tenía que hacer la indagación de los acusados, le presentaron también una mujer que estaba acusada de brujería. Tenía un aspecto mísero, estaba muy vieja y gastada. El delito del que estaba acusada, de haber sanado con alguna hechicería vacas, caballos, mujeres y hombres, apareció bastante claro; la mujer misma admitía también que había obrado de esta manera. La

declararon culpable, y en aquel tiempo, los que estaban acusados de este delito, fueron condenados a la hoguera. Pero antes de condenar a la mujer, el juez supremo la preguntó si tenía que decir todavía algo en favor suyo.

—Únicamente esto. Su Señoría—contestó ella—, que todo lo que han dicho es así. La gente me rogó que les prestara mi encanto, y lo he hecho, y ahora están todos contra mí.

—¿Y qué encanto es el que tú tienes?

—¡Aquí está, señor!—dijo ella desatando de su muñeca un pequeño rollo de pergamino—. Hace cuarenta años, un extranjero me lo dió para curarme de una enfermedad que tenía. Me dijo que curaría del todo y así ha sido.

Y le dieron al juez supremo, que estaba al punto de condenar a la mujer, el mismo rollo que él le había dado en su tiempo en la cocina de la posada.

Allí estaban todavía las letras griegas que él mismo había escrito, así que él mismo había sido la causa del delito, él que quería condenar a la mujer en aquel momento. Su frivolidad irreflexiva había producido sus efectos durante estos cuarenta años, y allí estaba él para condenar a la mujer que había procedido en plena confianza en su honradez. No, esto no podía ser. Se levantó y dijo:

—Hay que examinar el asunto todavía más al fondo, el juicio se aplazará.

Llevaron la mujer otra vez a la cárcel, y tan pronto como fué posible la indultaron.

Así aquella tontería en la posada del pueblo tuvo sus consecuencias muy importantes: Sir John Holt había visto en un ejemplo muy eficaz, cómo en algunos casos, gente completamente inocente, está enredada en acusaciones de hechicería. Y procuró desde entonces, que esta clase de procesos desapareciesen casi por completo de los Tribunales ingleses. Donde él tenía que juzgar, no se condenó jamás a nadie por hechicería. Y cuando él murió, en el año 1710, casi habían desaparecido ya y poco después fueron abrogados por completo estos procesos.

## Frases hechas

### “NO HAY TU TIA”

Todos habéis oído alguna vez esta frase; por ejemplo, cuando acabáis de hacer una travesura, y papá se enfada, procuráis por todos los medios posibles disculparos y, si es posible, echarle la culpa del estropicio al gato. Entonces papá os habrá dicho, a lo mejor: “*No hay tu tía*. Sé que has sido tú... Es inútil que culpes al gato...”

Y como es de suponer que ignoréis de donde proviene la frasecita, allá va la explicación en cuatro palabras.

La *atutía* era el nombre que daban los antiguos a una planta medicinal que curaba casi todas las afecciones de la vista. Por eso, cuando a alguno se le ponían malos los ojos y se descubría que no había ni una pizca de *atutía*, todos coincidían en que no había remedio para la dolencia del individuo enfermo.

Hoy se le sigue dando a la frase el mismo sentido de: “No hay remedio”; pero, sin duda por el uso, se ha cambiado algo la forma de la frase, y de *No hay atutía* se ha pasado a *No hay tu tía*, que no es lo mismo precisamente...

No hay mentira más perjudicial que la verdad disfrazada.

## SECCIÓN RECREATIVA

### El juego de las nueces

Antes de empezar el juego es preciso fijar el número de las personas que van a tomar parte en él; una vez hecho esto, se colocan sobre la mesa tantas nueces como hay personas, menos una. El más joven de los presentes tiene que empezar a contar un cuento. En este cuento tiene que ocurrir la palabra nuez. En el momento de pronunciar esta palabra, él mismo, y todos los demás, toman una de las nueces que están sobre la mesa.

El que se queda sin ninguna, tiene que empezar a contar otro cuento después de haber puesto otras nueces. Acaso alguno de vosotros tema no saber contar un cuento, pero es muy sencillo. Por ejemplo:

“Nuestro vecino tiene un lorito. De vez en cuando le doy una nuez.” O: “En nuestro huerto hay un manzano; éste, naturalmente, no lleva nueces.”

Claro es que también se pueden contar historias largas y fantásticas, lo esencial siempre es conseguir la nuez.